

dréis vida en vosotros». Debéis acercaros á la sagrada Mesa con tal disposición que no tengáis duda alguna sobre la realidad del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Se toma con la boca lo que se cree con la fe; en vano responden, Amén, los que disputan contra la verdad de lo que reciben. El efecto de la participación del cuerpo de Jesucristo es transformarnos en lo que recibimos».

Para concluir añado la autoridad de S. Pedro Crisólogo, quien apellida á este Sacramento: «Comida de la vida eterna».

Confirmémonos en el augusto Misterio de la Eucaristía ya que motivos de gran peso tenemos para el efecto. Meditemos detenidamente la doctrina de los santos Padres que hemos apuntado y veremos como es absolutamente la misma que cree y confiesa hoy la santa Iglesia Católico-Romana. Por eso me extraña muchísimo que los protestantes y demás osados herejes, que niegan la real presencia de Jesús Sacramentado, tengan la impudencia de sustentar que la Iglesia ha inventado este dogma, observando contra sí mismos á los fortísimos campeones de los santos Padres, que, desde S. Pedro hasta S. León, Papas, como hemos visto, y desde este último hasta S. Bernardo, según estudiaremos, todos unánimes, confiesan que Jesucristo está real y substancialmente presente en la Eucaristía.



CAPÍTULO XXXVII

Se exponen los testimonios de los Santos Padres del VI al XII siglo de la Iglesia.

Semejantes los santos Padres á eslabones fuertemente unidos que, prendiendo por un extremo á la Iglesia en los siglos medios, queda sujeta por el otro, con Jesucristo, no podían menos de transmitirnos por este medio la corriente eléctrica de la fe, desarrollada por el Fundador divino. ¿Qué concepto formaríamos de una sociedad que hubiera seguido, por el espacio de veinte siglos, sin interrupción, el mismo modo de obrar y de juzgar en todos sus negocios? ¿qué lugar ocuparía entre nosotros dicha sociedad si viésemos que en tantos centenares de años, no declinó ni á la derecha ni á la izquierda, sino que anduvo por el camino que le trazara su primer preceptor? No otro lugar que el que ocupa la Iglesia en la mente del católico. Furiosas olas de impiedad la combatieron; groseras calumnias se alzaron contra su pureza, mas si aquéllas reventaron al chocar contra sus inmovibles cimientos, dejando la espuma de su rabioso coraje, éstas se desvanecieron imperceptiblemente en el eterno silencio de los tiempos. Por más insolentes ultrajes, por más terribles persecuciones, por más incesantes combates, jamás la hicieron sucumbir. Ni las pertinaces herejías, ni los escandalosos cismas, ni las apostasías

frecuentes ajaron su extremada pureza. No los excomulgados emperadores, ni los soberbios reyes, ni los hostiles gobiernos, ni finalmente los potentados ni los pueblos, ni los ciudadanos particulares que se propusieron con todo ahinco, desfigurarla, derribarla y reducirla á la impotencia, pudieron lograr su fin pretendido. Por el contrario; la Iglesia, al ser atacada de esta manera, no ha hecho otra cosa que levantarse con más lozanía, y vivir con más calma. Á pesar, pues, de tantos medios de destrucción, la fe de la Iglesia ha sido constantemente una, según vimos en los Padres de los cinco primeros siglos y vamos á observar ahora en los de los restantes.

Brilló en el siglo VI S. Fulgencio, obispo de Ruspe, quien manifiesta las siguientes bellas ideas: «Lo que vos véis en el altar de Dios, dice al diácono Fernando, es pan y vino, lo cual os atestiguan vuestros ojos corporales. Mas lo que pide vuestra fe, para su instrucción, el pan es el Cuerpo de Cristo, y el cáliz su sangre. Mas la fe desea ser instruída, porque dice el Profeta: «Si no creyereis no entenderéis. Pero ahora me podrás decir: Expónme la doctrina para que entienda... ¿De qué modo el pan es el Cuerpo de Cristo y el cáliz, ó lo que contiene el mismo, su sangre? Á lo cual te respondo, hermano, que estas cosas se dicen Sacramentos, porque en ellas una cosa es lo que se ve y otra lo que se entiende. Lo que se ve tiene especie corporal, mas lo que se entiende, tiene fruto espiritual. Si quieres, pues, entender el Cuerpo de Cristo, oye lo que el Apóstol dice á los fieles: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros». Si, pues, vos sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, vuestro misterio está puesto en la mesa del Señor; vos recibís el Misterio del Señor. Cuando recibís á Cristo: respondéis á lo que sois Amén; y respondiendo, convenís con lo que os ha dado. Oyes, pues: Cuerpo de Cristo y respondes: Amén: Sé miembro del Cuerpo de Cristo, para que sea verdadera la palabra: Amén. El Apóstol, hablando de este Sacramento, dice: «Un pan, un cuerpo somos muchos». Entended, y gozaos. Unidad, piedad, verdad, caridad, se encierran en es-

tas palabras: Un pan, un cuerpo somos muchos», es decir, que todos los cristianos que participamos del pan de la vida de Cristo Jesús, formamos un solo cuerpo con Él. «Recuerda que el pan no se forma de un sólo grano sino de muchos... (1) Por consiguiente el que recibe el Misterio de unidad, y no guarda el vínculo de paz con sus hermanos, no recibe el misterio por sí, sino un testimonio contra sí». Hablando este santo Padre del Sacrificio de la Misa, se explica de este modo:... «La Santa Madre Iglesia sabe que Dios es fiel en sus palabras y santo en todas sus obras; por manera que así como en el Antiguo Testamento entiende las palabras fieles de un Dios que promete; así en el Nuevo Testamento reconoce que cumple las santas obras de Dios que había prometido. Algunas, pues, de las palabras prometidas por Dios fueron los sacramentos del Antiguo Testamento, por las que se nos prometía á Cristo, las cuales ya pasaron, y por las que se encuentra demostrado en ellas lo que se prometía. Por lo tanto; en el mismo Sacrificio del Cuerpo de Cristo, comenzamos por la acción de gracias, con el fin de que demostremos que Cristo no se ha de dar, sino que ya se nos ha dado en la verdad; y conozcamos en Él al mismo tiempo, cuando damos gracias á Dios en la oblación del Cuerpo y Sangre de Cristo, que no ha de morir por nuestras iniquidades, sino que ya está muerto; ni nos ha de redimir con su sangre, sino que ya estamos redimidos» (2).

S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, comentando aquellas palabras del libro sapiencial: «La sabiduría edificó para sí una casa, mezcló vino y preparó una mesa», dice: «La Sabiduría de Dios, esto es; Cristo, edificó para sí una casa; á saber: la sacrosanta Iglesia, en la cual sacrificó la Hostia de su Cuerpo, mezcló el vino de su sangre en el cáliz del Divino Sacramento y preparó una mesa; esto es: el altar del Señor; enviando sus siervos, cuales son los apóstoles y doctores á los insipientes; es decir: á todas las gentes que ignoran

(1) Epist. 12 ad Ferrand. Diac. cap. 11.

(2) Epist. 14. ad Ferrand. Diac. n.º 44.

al verdadero Dios, á las cuales habían de predicar: Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado; esto es: percibid la santa comida de mi cuerpo y la bebida de mi sangre». (1) Este Cuerpo y esta Sangre de Jesucristo, añade Casiodoro, no se han de mascar con los dientes, sino que han de ser devorados con avidez por el alma.

Hesiquio, presbítero y teólogo de la Iglesia de Jerusalén, en sus comentarios sobre el Levítico, y, después de haber insinuado las palabras del Apóstol: *Convenientibus vobis in unum* no deja duda alguna de su fe acerca de la Eucaristía». Con objeto, dice, de que esta cena (2) sea celebrada de un modo absolutamente místico (esto es, sacrificativo) es necesario que Aarón (el sacerdote celebrante) y sus hijos (los fieles) (3) coman lo que se ha ofrecido: porque si Jesucristo, rogado por la boca del sacerdote, no viniera Él mismo y no santificara la cena, todò aquello que celebramos en vano sería el Sacrificio real del Señor»...

Oigamos á S. Cesáreo, obispo de Arlés: (4) «Jesucristo que había de separar de nuestros ojos el cuerpo que había tomado de la Virgen para colocarle en el cielo, creyó que era necesario instituir en el día de la Cena legal el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, para perpetuar la memoria del misterio que había ofrecido una vez por nuestra redención y estar siempre presente con nosotros por su gracia, por lo cual nos asegura que su carne es verdaderamente comida y su sangre verdadera bebida, de lo cual no podemos dudar; pues el mismo autor del don es testigo de la realidad y verdad de este don. Él es el que convierte como Sacerdote invisible con su secreto poder las criaturas visibles en la substancia de su cuerpo y de su sangre, diciendo: Tomad y comed, éste es mi Cuerpo, y con una segunda santificación: Tomad y bebed, ésta es mi Sangre.

(1) Lib. II contr. Judæos, cap. 27.

(2) Pat. grec. T. 93. de Migne.

(3) No es necesario lo segundo, pero sí conveniente. Hesiquio habla de la general costumbre que había en su tiempo de distribuir la Comunión á los fieles en todas las Misas.

(4) Hom. 7.

Así como con el mandamiento de Dios salieron de la nada los cielos, los mares y la tierra; con semejante poder, la virtud de su palabra, ordena, é inmediatamente se sigue el efecto. Considerad con los ojos de la fe el Cuerpo y Sangre de vuestro Dios, dad testimonio de vuestra admiración con vuestro respeto; tocadle con el alma, recibidle con la mano del corazón y tomadle para alimentaros en especial interiormente. El cuerpo que se os ha dado por dispensación del presbítero, es tan grande en una parte, como en el todo. Cuando se sujetan los fieles á recibirle, en todos está perfecto, y cada uno le recibe todo entero. En lo cual es muy diferente de todos los demás alimentos: porque si presentáramos un bocado de pan á muchas personas afligidas del hambre, cada una de éstas no le comería entero; porque se dividiría en partes á proporción del número que comiesen de él. Pero de este verdadero Pan, tanto tiene cada uno como todos juntos; uno solo le come todo entero sin disminución alguna, porque bien puede distribuirse la bendición de este Sacramento, mas no puede ser consumida. ¿Hay razón para que nos pame el que Dios muda y convierte en otra cosa con su palabra lo que crió con su misma palabra? Aun parece que no es tan grande milagro convertir en otra cosa mejor lo que ya está criado, como criarlo de nuevo.

S. Remigio, obispo de Reims y Gregorio Turonense que florecieron en este mismo siglo, confirmando el dogma de la transubstanciación, dicen estas palabras: «Aunque no veamos más que pan, es realmente el Cuerpo de Jesucristo (1)» ¿Qué diré de la doctrina eucarística de S. Leandro, arzobispo de Sevilla? Su liturgia mozárabe acerca del santo sacrificio, nos patentiza cuanto podamos añadir sobre este particular. Por esta razón reservo su estudio para el Tratado III en el que me ocuparé detenidamente de esta clase de asuntos.

Resplandeció asimismo, en este siglo cual astro de primera magnitud, S. Gregorio Magno, Pontífice Máximo;

(1) De Eucharist.

quien, dirigiéndose á cierta señora que no quería creer el adorable Misterio Eucarístico, y que para confirmarla en la fe hubo de impetrar del Omnipotente un milagro, la dijo: «Aprende á lo menos ahora á creer lo que te asegura la Verdad:» «El pan que yo os doy es verdaderamente mi carne, y mi sangre es verdaderamente bebida». Pero previendo el Criador nuestra flaqueza, con el mismo poder que hizo todas las cosas de la nada, se formó un cuerpo de la misma carne de la Virgen por el Espíritu Santo; y después para reparar nuestras fuerzas convierte el pan y el vino mezclado con agua en su carne y sangre, cuando se pronuncian las palabras de la oración católica, por la santificación del Espíritu Santo, aunque permanezcan las mismas apariencias y especies del pan y vino». Acerca del Sacrificio de la Misa, enseña este Padre, que (1) «la Hostia que se ofrece en el altar tiene particular virtud para alcanzarnos el perdón de los pecados; porque Aquél que habiendo resucitado una vez, no está ya sujeto á la muerte, padece, digámoslo así, de nuevo en este Misterio, porque cuantas veces le ofrecemos la Hostia de su pasión, otras tantas renovamos el efecto de aquella misma pasión en cuanto á la absolución de nuestras culpas (veniales). Aunque vive con una vida inmortal é incorruptible, es sacrificado de nuevo en este misterio de la oblación sagrada; porque en él se toma su cuerpo y su sangre para la salud del pueblo y su sangre se derrama no por manos de los infieles, sino en la boca de los fieles».

En el siglo VII. S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, se expresa de este modo: (2) «Después de la regeneración del nacimiento espiritual, después de la gracia de la celestial unción; después de la doctrina de la oración dominical; después de la invocación de la Paternidad Divina, conviene llegarse á la participación de la celestial refección... Pedimos al Señor el pan nuestro de cada día que nos le dé hoy. Aquí, pues, porque Cristo es el pan vivo que descendió del cielo y da la vida al mundo, por eso pedimos muy bien en

(1) In Evang. lib. 2. hom. 37.

(2) Lib. de cognition. Baptism. cap. 136.

la oración dominical que se nos dé al mismo Cristo que es nuestro pan, con el fin de que los que permanecemos y vivimos en Cristo, no nos apartemos de la santificación de su cuerpo».

A las palabras de Jesucristo: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre» etc. responde S. Julián, arzobispo de Toledo: «Por estas palabras se entiende el Sacramento de su carne y sangre, por cuya recepción permanecemos en Jesucristo y Éste con nosotros». (1) Asimismo: sobre las palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos», entiende la presencia real de su cuerpo y sangre en la Iglesia.

También S. Máximo, abad, describe la liturgia de la Misa, con lo cual confirma la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Otro tanto demuestra S. Sofronio, obispo de Jerusalén, en el Prado espiritual, por los muchos ejemplos que narra acerca de nuestro adorable Misterio, en los cuales deja sentada la firme creencia en el Sacramento Eucarístico.

Pasando al siglo VIII, notamos que brilla en él, S. Juan Damasceno, monje y presbítero de Jerusalén. (2) «Si la palabra de Dios, dice este Padre, es una y eficaz, si ha hecho todo lo que ha querido y se formó un cuerpo de la sangre pura de su Madre, ¿podemos dudar que también pudo hacer del pan su cuerpo y del vino mezclado con agua su sangre? En otro tiempo dijo: Produzca la tierra la yerba verde; y regada la tierra con lluvias del cielo, todavía la produce con la fecundidad que Dios la imprimió con este mandamiento. Este mismo Dios dijo después: Esto es mi cuerpo; ésta es mi sangre: haced esto en memoria de mí. Y para obedecer á este mandamiento, se cumple todos los días este efecto, hasta tanto que Él venga, como Él mismo lo dijo... Si ahora preguntáis, dice el Santo, ¿cómo el pan se ha hecho el cuerpo de Jesucristo, y el vino mezclado con agua se ha hecho su sangre? Respondo: «Que viene el Espíritu Santo, y hace las cosas

(1) Lib. 2. interrog. et respons. 24.

(2) Lib. 4 de Fide. cap. 9.